

Religión y violencia

SI fijamos la mirada en algunos de los conflictos sangrientos que existen hoy en el mundo, será fácil comprobar que uno de los componentes que alimentan la violencia es el factor religioso. Es comprensible por ello que algunas personas se pregunten si no sería mejor poner entre paréntesis la religión, el más allá y a Dios y limitarnos a cimentar nuestra ética en el más acá, en la necesidad de vivir juntos y en paz. Si la religión, al ofrecer un más allá, quita el miedo a morir tal vez esté también apagando peligrosamente el miedo a matar. Y si la religión da cobijo —y hasta en ocasiones «bendice»— ciertos conflictos violentos manipula de hecho un poder destructivo que habría que enterrar en cementerios de alta seguridad.

Repasemos los hechos. Muchos de ellos son tan conocidos y han sido mencionados tantas veces que despiden el tufillo inconfundible del tópico. Pero no por ello son menos verdad.

Basta con abrir cualquier enciclopedia y buscar en los apartados de cruzadas, guerra santa, inquisición, guerras de religión. Voltaire asignaba a la violencia cristiana un millón de muertes por siglo. La cifra puede ser exagerada o arbitraria. Por mucho que la repasemos no lograremos ni mucho menos eliminarla del todo.

Este peligroso maridaje de religión y violencia no es sólo objeto de estudio histórico o reflexión erudita. Con la Biblia en la mano hay gentes que justifican hoy día el **apartheid** en Suráfrica, fundamentan el sionismo y niegan a los palestinos

el derecho a tener un suelo propio. Con el Evangelio en la mano el catolicismo se ha mostrado muy comprensivo —hasta la connivencia— con recientes dictaduras latinoamericanas. Con el icono en la mano los popes ortodoxos se han cobijado en la proximidad interesada del partido bolchevique en los inviernos más duros de persecución religiosa. Con el Corán en la mano se han encendido conflictos hasta provocar la explosión de algunas minorías no musulmanas en diversos países (Sudán, Egipto, Pakistán, Nigeria). Al mencionar a Irlanda del Norte, hablamos de católicos y protestantes en un conflicto no específicamente religioso pero en el que la religión está partida a los dos lados de las barricadas. La India es zarandeada, casi regularmente, por sacudidas violentas en las que los extremistas sikhs se amparan en la religión para abrir fuego contra sus compatriotas y los musulmanes e hindúes se matan a millares.

ESTOS hechos son verdad. Si los negamos, sólo conseguiríamos anestesiarlos pero no por ello los suprimimos de nuestra tierra. Estas cosas pasan. Basta leer la prensa o ver los telediarios. Pero la duda va todavía más allá. Parece que estas cosas son inevitables, que van tan unidas a credos religiosos que se diría que pertenecen a su esencia. Y si esto es así, entonces estas cosas no sólo pasan sino que parece que tienen que pasar.

El problema puede agudizarse con mayor intensidad en las religiones monoteístas. Al creer en un solo Dios, piensan, lógicamente, que éste es el verdadero. Y de ahí siguen unos eslabones de reflexión concatenados. Si esas religiones adoran al único Dios verdadero están en el camino de la verdad, poseen la verdad, y tienen el derecho y aun la obligación imperiosa de imponer la verdad. Y como el error no tiene derechos hay que obligar a los «paganos» a entrar por la fuerza en esa religión (*Impelle intrare*). ¿No es ése el esquema clásico del monoteísmo tradicional? El teólogo protestante Jürgen Moltmann ha llegado a hablar de la «misericordia del monoteísmo» y otro teólogo, convertido del protestantismo al catolicismo, Erik Peterson, en su libro **El monoteísmo como problema político**, subraya las complicidades que el

monoteísmo tiene en la justificación de los regímenes políticos. Si no se amputa ese discurso las religiones monoteístas quedan enredadas en el fanatismo. Un breve repaso a la historia hace temer que la cuenta de resultados de lo religioso pueda estar en números rojos.

Las medias verdades

CUANTO se ha dicho hasta aquí son juicios globales, genéricos. Pero no son inventos ni calumnias. Sin embargo, no permiten quedarse tranquilos. Apuntarse a medias verdades es la otra cara de comprometerse con medias mentiras. Por verdad que lo dicho pueda ser no es toda la verdad.

Porque también las religiones monoteístas han canalizado el caudal de aportaciones inestimables sin las cuales la historia de los hombres apenas sería historia **humana**. Las religiones monoteístas sitúan al ser humano como un «tú» ante el Dios único. Al hacerlo así está alentando decisivamente el **nacimiento de la categoría de «persona»**. Lo han subrayado no pocos filósofos actuales de las corrientes personalistas: M. Buber, F. Gogarten, E. Brunner, K. Rahner... Para ellos el concepto de persona hunde su raíz en las religiones monoteístas. Este ser, **sujeto de derechos** y de obligaciones, reconocido teóricamente como tal en todas las sociedades modernas, está configurado y condicionado por el ambiente pero no es sólo un manojo (Marx hablaba de «conjunto») de relaciones sociales. Es un «tú» irrepetible en la historia, dotado de posibilidades. Es cierto que no podrá llegar nunca del todo a lo que sueña. Pero tampoco queda aprisionado pragmáticamente por lo que hace.

Estas afirmaciones tampoco se quedan arrinconadas en escritos de filosofía sino que caldean esperanzadamente todo el itinerario de la vida de los hombres. Gracias a la religión innumerables seres humanos han trabajado con ahínco, con ilusión y hasta con heroísmo. Esta conciencia de la dignidad y la propia responsabilidad ha impedido a los hombres

degradarse hasta quedar convertidos en dóciles marionetas del dios Estado o Sociedad o Dinero. La fe en un Dios Trascendente no ha imaginado paraísos ilusorios sino que ha dado sentido para vivir y razones para trabajar. Impulsados por motivaciones religiosas, hay personas y grupos que han asumido un generoso compromiso de acción político-social o han entregado sus vidas para enjugar las lágrimas de los que sufren. Masas populares como los musulmanes preservan su identidad y no se apuntan al consumismo de corto plazo que arrasa tradiciones y costumbres. La fe de amplias capas de población del pueblo ruso ha pervivido soterrada aunque los dirigentes religiosos pudieran politiquear con los amos de turno. Comunidades de base de América Latina pueden transmitir a las encallecidas iglesias de Europa el frescor y la novedad del mensaje evangélico. La reforma protestante, con su insistencia en la conciencia individual, ha levantado un dique frente a los intrusismos civiles o eclesiásticos.

¿Qué hacer?

***L**AS religiones monoteístas están habitadas por la ambigüedad: predicán la paz y el paraíso más allá de la muerte pero en el más acá a veces atizan los focos de violencia y dejan el campo sembrado de sangre. Son demasiadas las ocasiones en que las religiones monoteístas se han prostituido como para que puedan ahora, con altanera displicencia, pronunciar desde tribunas elevadas unos cuantos discursos morales. Al mismo tiempo las religiones monoteístas han alentado esperanza, concientizado justicia, avivado protestas solidarias contra la injusticia y así ayudado para que el mundo no sea sólo selva sino también comunidad y casa. La luz produce sombras y éstas se perfilan sólo donde hay luz. Y esto acontece en el interior de cada hombre y de cada religión monoteísta.*

Será necesario por tanto un esfuerzo constante por abrir los ojos y limpiar la mirada. Frente al fanatismo excluyente de creer que se posee toda la verdad universal, un hindú actual, S. Radhkrishnan, filósofo y estadista, nos recuerda que «los

senderos que hollamos, los nombres que damos se desvanecen en la insignificancia cuando nos situamos ante la luz resplandeciente de la divinidad. Cuando tocamos la llama de la divinidad surge una generosa hospitalidad hacia los credos y las formas diferentes». Siglos antes, aterrorizado por la violencia de las guerras de religión y las crueldades en el asedio a Constantinopla, Nicolás de Cusa escribía que sólo hay una religión, aunque se estructure en diversas confesiones y ritos («Religio una in rituum varietate»). Esa religión era para él el cristianismo.

NO es éste el momento de entrar en reflexiones sobre el carácter de «absoluto» que afirma para sí la religión cristiana. Unicamente nos preguntamos cómo se neutralizan los gérmenes fanáticos presentes en las religiones —también en la cristiana— sin diluir la propia identidad.

El esfuerzo de lucidez se concreta en actitudes de la persona y de las confesiones religiosas. A los dirigentes de numerosas confesiones religiosas Juan Pablo II les invitó (1986) a reunirse en Asís y a rezar. Ser tolerante presupone la capacidad de tomar una distancia crítica para analizarse a sí mismo. Ser tolerante exige que se respete tanto a los demás que intentemos «ver» la realidad desde los ojos del otro. Ser tolerante exige en la propia vida y en el seno de la propia confesión religiosa empeñarse en la construcción de una comunidad, ni fanática, ni excluyente ni violenta. «Puesto que toda persona humana —nos decía a los católicos el Sínodo de 1971— es una imagen visible del Dios invisible y un hermano o hermana en Cristo, el cristiano encuentra en cada persona al mismo Dios y la exigencia absoluta, por parte de El, de justicia y de amor». Con palabras menos «confesionales» lo dijo hace tiempo, con bella sobriedad, un escritor cristiano de los primeros tiempos, Lactancio, que conoció la amenaza de la persecución y el «encantamiento» de la paz constantiniana: «La religión sólo es tal cuando mora en ella, como en casa propia, la libertad». Sería un ilusionado mensaje en este final del siglo XX: la religión como ocaso de los fanatismos.